

## DESENGAÑO Y CONVERSIÓN DE UN PECADOR,

POR

DON JERÓNIMO DE MONTENEGRO

### ROMANCE.

Mudas voces, que de el cielo  
Al corazon dirigidas,  
Tanto tiempo há que os malogra  
Mi obstinada rebeldía;  
Ya os escucho, ya os atiendo,  
Ahora, que á la prolija  
Instancia de vuestros ecos  
Despierta el alma dormida.  
Así me decis, así  
Me habláis al pecho: repita  
Mi labio los desengaños,  
Porque mejor se me impriman.  
Hombre; mas no hombre, bruto,  
Que descaminado pisas,  
En busca de la fortuna,  
La senda de la desdicha;  
Polvo indigno, que volviendo  
A la antigua villanía,  
De el noble sér te degradas  
Que te dió mano divina;  
Barro abatido, que siempre  
Terco en ser barro porfías,  
Por más que ilustres piedades  
Para estrella te destinan;  
Estatua, á quien hace estatua  
Lo que juzgas que te anima,  
Pues te alejas más el alma  
Cuanto alargas más la vida;  
Hombre, bruto, polvo, barro  
Y estatua, en fin, carcomida,  
Imágen de Dios un tiempo,  
Sombra ahora de ti misma;  
Qué error es ese? ¿Qué ciega  
Ilusion te precipita  
Por el desliz del halago  
A la region de la ira?  
A dónde vas? No lo ves?  
Mira aquella oscura sima,  
Que tenebrosos incendios  
Envuelve en negras cenizas.  
Mírala bien, que hácia ella  
Tus pasos tiran las líneas,  
Sólo para esto rectas,  
Para lo demas torcidas.  
Mírala, que colocada  
En la meta á donde aspiras,  
Ya para sorberte abre  
La garganta denegrida.  
Mírala, y suspende el paso,  
Que acaso tan poco dista,  
Que media un instante sólo  
Entre tu planta y tu ruina.  
Suspende el paso; no creas  
La engañosa perspectiva  
Con que se finge muy léjo.  
Aun cuando está más vecina.  
¡Ay de ti, si este momento  
Es el fatal que termina  
Tu sér, para que á tus yerros  
Ayes eternos les sigan!

Oh, que *no seré!* Mas dime:  
¿En qué se funda, en qué estriba  
Ese *no seré* engañoso,  
Que allá el infierno te dicta?  
Que puede ser no lo niegas;  
Pues siendo así, ¿qué sofisma  
Te convence á que no sea  
Aquello que ser podría?  
Ese *no seré*, ¡oh á cuántos  
Tiene en la laguna Estigia!  
¡Ay de ti, si á esos millares  
Nuevo guarismo te aplicas!  
Vuelve en tí; repara cómo  
Con bárbara groseria,  
Por galantear el daño,  
Vuelves la espalda á la dicha.  
Qué te arrastra? No lo ignoro:  
Aquellas bien coloridas  
Figuras de el bien que adoras  
Con la inscripcion de delicias.  
Oh! ¡cómo yerras el nombre  
De esa ponzoña atractiva!  
Si son delicias ó afanes,  
Tu experiencia te lo diga.  
A tí proprio te consulta,  
Y en tus sucesos descifra  
De esos amargos placeres  
Los mal formados enigmas.  
¡Acuérdate cuántas veces  
En la copa apetecida,  
Donde ideabas el néctar,  
Sólo encontraste el acibar!  
¡Cuántas veces, deshaciendo  
Bien fabricadas mentiras,  
Las que á la vista eran rosas,  
Palpaba la mano espinas!  
¡Cuántas veces á la ardiente  
Sed que el pecho te encendia,  
Te ministró el escarmiento  
Pociones de hiel y mirra!  
¡Cuántas, en esa intrincada  
Selva por donde caminas,  
Fue atajo para la pena  
La senda de la alegría!  
¡Cuántas, al querer cantar  
Fortunas resbaladizas,  
Vino á ser pronta la queja,  
Eco de la melodía!  
¡Cuántas, turbando el acento  
Adversidad repentina,  
Hirió el dolor en el alma  
Más que la pluma en la lira!  
Qué placer lograste puro?  
¿Qué gusto, en que la maligna  
Suerte no te haya mezclado  
Más veneno que ambrosia?  
Y aún ése ¡cuánto sudor  
Te costó! siendo la activa  
Solicitud del descanso  
La mayor de tus fatigas.

Tal vez de el objeto amado  
La posesion conseguida,  
Se borró la falsa imágen  
Que pintó la fantasia.  
Y así te cansó muy luégo  
La suerte más pretendida,  
Sucediendo un tedio estable  
A una gloria fugitiva.  
Cuando la hallas más constante,  
Advierte si se equilibra  
La inquietud de conservarla  
Con el gozo de adquirirla.  
Por tu daño la pretendes,  
Pues siempre contigo esquivas,  
Ya te congoja esperada,  
Ya te asusta poseída.  
Los bienes transforma en males  
La solicitud continua,  
Pues con ansias los conserva  
Y con ayes los explica.  
Oh mortal! tu ambicion vana  
¿Qué es ya lo que solicita,  
Si aun las dichas te molestan,  
Si aun los bienes te fatigan?  
De tanto incienso que has dado  
Á esas deidades mentidas,  
¿Qué sacó, sino otro humo,  
Por premio tu idolatria?  
Pero doyte que á tus votos  
Fuesen sus aras propicias:  
Cuenta desvelos, cuidados,  
Temores, ansias, porfias,  
Desprecios, dudas, agravios  
Que sufriste; y examina,  
Hecha la cuenta, si al precio  
Pagaste bien la caricia.  
Lo más es, cuando en tortura  
Te puso la tiranía  
De aquellas furias, que celos  
Comunmente se apellidan.  
¡Oh cordel, en cuyos nudos  
Se estrujan, se utilizan,  
Se rompen del corazon  
Las más delicadas fibras!  
¡Oh fuego, de cuya ardiente  
Rabiosa saña nativa,  
Para consumir un alma  
Basta que salte una chispa.  
Y tú lo sufriste? Oh hombre!  
Con mucho ménos que gimás  
Á otro fin, todo un Dios robas  
Y todo un cielo conquistas.  
En fin, como á un vil esclavo  
Te trata y te tiraniza  
De esos deleites que buscas  
La cruel alevosia;  
Que en esa serie de afanes,  
Con mental oculta liga,  
Cuanto el pesar ejecuta,  
El placer lo determina.

Ea pues, si no has sacado  
En la tierra que cultivas,  
De la siembra de cuidados,  
Otro fruto que agonias,  
Vuelve en tí, y vuélvele el rostro  
Al cielo, que te convida  
Con más seguros deleites,  
Que los siglos no marchitan.  
Mira abiertas doce puertas,  
Que de la region empiea  
Los resplandores te muestran,  
La entrada te facilitan.  
Mira de felices almas  
Brillante turba florida,  
Que con el divino néctar  
En copas de oro te brinda.  
Resuelve, acaba, pues ves  
Que las nueve jerarquias  
Para darte norabuena  
Previenen pompa festiva.  
Acaba, rómpase ya  
La cadena que te liga,  
Hecha por ciclope informe,  
En la tartárea oficina.  
Desata esos eslabones,  
Cuya pesadez tejida  
Hacia el abismo te arrastra  
Cuando el deleite te tira.  
Sigue ya celestes voces,  
Que de esa encumbrada cima  
Resonais severas, siendo  
En la verdad compasivas.  
Ya estoy rendido, ya son  
Triunfos de vuestra energia,  
Vencida mi voluntad,  
Y mi razon convencida.  
Ya cae de el pecho al suelo  
La muralla diamantina,  
Que de impulsos soberanos  
Burló tantas baterias.  
Ya de esa antorcha sagrada  
La claridad matutina,  
Que verdades centellea,  
Las tinieblas me disipa.  
Ya en mis potencias empieza  
A rayar el claro dia,  
De cuya feliz aurora  
El llanto será la risa.  
A su luz, ¡oh, qué diversas  
Las cosas ya se registran!  
Y parecen ellas otras  
Cuando es otro el que las mira.  
Pero más que otros objetos,  
La propia ceguedad mia  
Me lleva la vista ahora,  
Aunque ya no me la quita.  
¿Qué sombras, qué nieblas son  
Aquellas que en vil huida  
Este horizonte despejan,  
Y al averno se encaminan?  
Oh errores míos! Vosotros  
Sois: ¿qué mucho que os distinga,  
Si objetos tales entónces  
Se ven cuando se desvian?  
Ahora conozco cómo,  
Para insultos que emprendia,  
La noche de la ignorancia  
Hizo sombra á la malicia.  
¿Qué atezada que está aquella  
Parte superior altiva  
De el alma, donde su copia  
Imprimió la Deidad trina!  
Raro desórden! Pues, ¿cómo  
En la cumbre esclarecida,  
Adonde las luces nacen,  
Los horrores se avecindan?  
Mas, ¿qué dudo, si estoy viendo  
En la parte apetitiva  
Humeando aún de el fuego  
Las cenicientas reliquias?  
De ese incendio puro, de esa  
Llama que arde y no ilumina,

Tiño hóveda excelsa  
El humo que subió arriba.  
¿Qué turbado está el gobiernc  
De esta animada provincia!  
La superior obedece,  
La parte inferior domina.  
Y fué que de las pasiones  
Sediciosa infiel cuadrilla  
A la razon descuidada  
Robó la soberanía.  
A más pasó la insolencia;  
Pues con política impia,  
Despues de usurparle el cetro,  
Tambien le quitó la vista.  
Si quitó; con que, ella, ciega,  
Errante, pobre, sin guia,  
En todo tropieza, y sólo  
Para tropezar atina.  
Oh cielos! ¿Qué sierpe es ésta,  
Que con tenaces espiras,  
Enroscada al alma, en ella,  
Huésped ingrato, se anida?  
¿Qué espantosa, horrible fiera!  
¿Si en sus adustas campiñas  
La produjo la infeliz  
Fecundidad de la Libia?  
Mas, ay Dios! Ésta es la culpa,  
Aquella disforme hidra,  
Que por siete bocas, siete  
Negros venenos vomita.  
¿Qué fea! ¿qué horrenda! Y yo  
(Oh, qué mal la conocía!)  
¿Qué ciego, cuando á este monstruo  
Le he doblado la rodilla!  
Tanta es su fealdad, que cuando  
El discurso se averigua,  
Sólo le halla en la hermosura  
De la Deidad la medida.  
¿Qué estragos hará en los hombres,  
Si osadamente engreida,  
Con la ponzoña que escupe  
Aun las estrellas salpica?  
¿Si apagó con solo un soplo,  
Siendo aún recién nacida,  
Tantos millares de luces  
Que sobre el empiro ardian?  
Tan pestilente es su saña,  
Que contra Dios atrevida,  
Ya que el sér no le inficiona,  
La piedad le esteriliza.  
Siendo aquella majestad  
Forma que la gravifica,  
Tan ruin es, que la empeora  
Una Bondad infinita.  
¿Y de esta sierpe, esta furia,  
Es mi pecho la guarida,  
Sirviéndole de caverna,  
Donde reposa tranquila?  
Ay dolor! ¿Si podré yo  
Arrancarla ó desasirla?  
¿Qué he de poder, si ella propia  
Las fuerzas me debilita!  
¿Oh hombre el más infeliz  
De cuantos en varios climas  
Con eternos movimientos  
Lustra el sol, y el cielo gira!  
Mas, despechos, deteneos;  
Que ya acá dentro me inspira  
Luz oculta á tanto mal  
Oportuna medicina.  
Ya conozco que de aquella  
Dolencia de el hombre antigua,  
El mal que á sentirse llega,  
Sólo con sentir se quita.  
Ya llevo á entender que puso  
Eterna Sabiduria  
El remedio de la llaga  
En el dolor de la herida.  
Ya sé como de mis ojos  
La corriente cristalina  
Puede borrar las ofensas,  
Fluyendo por las mejillas.

Pues esto es así, ojos míos,  
Vuestra amable compañía  
Séame útil esta vez,  
Ya que tantas fué nociva.  
Llorad, mis ojos, verted  
En carrera sucesiva  
El riego, que no la tierra,  
El cielo sí, fertiliza.  
Corred, lágrimas; que de esas  
Ya preciosas margaritas,  
Por muchas que se derramen,  
Ninguna se desperdicia.  
Pero ántes buscad, mis ojos,  
Noble imágen, ara digna,  
A quien consagreis piadosos  
De mi dolor las primicias.  
Tened, que á aquella pared  
Arrimada se divisa  
Pequeña estatua, á quien hace  
Triste sombra una cortina.  
¿Qué será, que á registrarla  
Mental impulso me guia?  
Llego, pues; pero qué veo?  
Oh Providencia exquisita!  
Imágen, pero tan propia,  
De un Dios hombre que agoniza,  
Que en el dictámen de el susto,  
El mismo bronce pelagra.  
Traslado, pero tan vivo,  
De un crucifijo que espira,  
Que al original, que muere,  
La copia le resucita.  
A mi vista se presenta  
Ocurrencia tempestiva  
De un redentor que fallece,  
A un pecador que se anima.  
Y al careo doloroso,  
De el mismo color vestidas,  
Purpurea la fineza,  
Se sonroja la perfidia.  
Ah, Señor! que en lo que vierte  
De tanta llaga, me avisa  
Ese ya medio cadáver  
Que está cerca el homicida.  
Yo, yo lo fui (¡oh conciencia,  
Pulso del alma, que indicas  
Sus males, y al mismo tiempo  
La acusas y la castigas!).  
Si fui, Señor; mas protesto  
Que esta confesion sencilla  
La hago ante la clemencia,  
Huyendo de la justicia.  
Si fui; mal puedo negarlo,  
Cuando en esa faz herida  
Con sangrientos caracteres  
Están mis culpas escritas.  
Mas, ¿qué importa que lo estén,  
Si esa sangre que os matiza,  
Es tinta para borrarlas,  
Aun más que para escribirlas?  
¿Qué importa, si al mismo tiempo  
Están rasgando á porfia  
Tanta espina y tanto clavo  
El papel que las afirma?  
Yo fui, Dios mio, yo fui  
El infame parricida,  
Cómplice de vuestra muerte  
Que mi vida lo atestigua.  
Yo fui el ingrato, alevé,  
Vil autor de esas heridas,  
Que abrió la culpa, y conserva  
Abiertas la bizzarria.  
Yo fui de los alistados,  
Cuando con ronca bocina,  
Contra vos convocó todas  
El infierno sus milicias.  
Desertor seguí las huestes  
Que contra el cielo militan,  
Donde villanas flaquezas  
Tienen plaza de osadías.  
Y, á pesar vuestro, logré  
Con hazañas de esta guisa

Funestas estimaciones  
En la negra monarquía.  
Contra Vos y contra mí  
Mi malignidad nociva  
Fué tanta, que envidia pude  
Ocasionar á la envidia.  
Jamás se hartó de ofenderos  
Mi voracidad invicta;  
Porque aun cuando se saciaba,  
Deseos apetecía.  
¡Oh exceso el más execrable  
Que la razon abomina!  
Despues de agotar el ánsia,  
Buscar sed la hidropesia!  
Todo el ámbito del vicio  
Corrí audaz hasta la linea  
A donde lo irracional  
Con lo imposible confina.  
Y al seno de las quimeras,  
Con sutiles inventivas,  
Ya que no pudo la planta,  
Llegó la imaginativa.  
Nuevos modos de agraviaros  
Buscó la mente perdida,  
Y hasta dar en insensata  
Excedió de discursiva.  
Sirviendo á las sinrazones,  
La razon tal vez hacia  
Con la gala de agudeza  
La culpa bien parecida.  
Cómplice del desacierto  
Fué de el arte la doctrina,  
En que aun más que la ignorancia  
Erró la sofisteria;  
Porque hiere más la ofensa,  
Si es que el discurso la afila,  
Y á un yerro se junta otro,  
Cuando le pule la lima.  
Puse en metro mis pasiones,  
Y con musa enternecida  
A suavizar desconciertos  
Violenté las armonias.  
No hubo talento que no  
Me sirviese á la injusticia,  
Hallando sombra los verros  
En las luces adquiridas.  
Fui lince en las ceguedades,  
Valiente en las cobardias,  
Firme para los tropiezos,  
Ágil para las caidas.  
Esto fui; mucho me pesa,  
Mucho, Señor, me contrista,  
Y querria ántes no ser,  
Que ser lo que ser solia.  
Ya miro con horror cuánta  
Apariencia fementida  
Sobre mi albedrio injustas  
Se usurpó prerrogativas.  
Ya á la voluntad sus propios  
Apetitos la fastidian,  
Y viene á ser el antojo  
Objeto de la ojeriza.  
Ya por victimas (oh trueque!)  
Los ídolos sacrifica,  
Y cuanto lució en el ara,  
Se abrasa ahora en la pira.  
Ya no más engaños, ya  
Desde hoy mis pasos dirijan  
(Dejadas tantas errantes)  
De la fe lumbreras fijas.

Prométoos, Señor, la enmienda,  
Y aqueste llanto me fia,  
Que asciende, cuando mis ojos  
Á vuestros piés le derriban.  
Mares quisiera llorar,  
Donde mis votos tendrían  
Tanto más seguro el puerto,  
Cuanto más léjos la orilla.  
Quisiera á importunos golpes  
Hacer este pecho astillas,  
Porque á quebrantos soldara  
Tanta quiebra contrada.  
Piedad, Señor: perdonadme  
Por ser quien sois; que acredita  
Mas que el obsequio que aceta,  
A un Dios, la ofensa que olvida.  
Piedad, Señor; por Vos mismo;  
Que el carácter de benigna  
Á la Deidad, si es posible,  
De nuevo la diviniza.  
Piedad, Señor; atended  
A que en mi favor os gritan  
Vuestras perfecciones propias,  
Más que las lágrimas mias.  
En destruir esta caña,  
Que uno y otro cierto agita,  
Hoja que el viento arrebatá,  
Débil paja, flaca arista,  
¿Qué interes, qué gloria hallais?  
Acordaos que algun dia  
Le dolió á vuestra clemencia  
El golpe de la justicia.  
Y al contrario, no ignorais  
Que el perdon le comunica  
Allá no sé qué reales  
Á vuestra soberanía.  
Ea, Señor, esta vez  
Haced que en gloriosa riña,  
A hazañas de la blandura  
Quede la saña vencida.  
No ignoro que mis maldades  
Merecen bien que despida  
Rayos sobre mi cabeza  
Esa diestra vengativa;  
Que los hombres me aborrezcan,  
Que las furias me persigan,  
Que los abismos me traguen,  
Que sus llamas me derritan;  
Y lo que más es, merecen  
(Oh circunstancia precisa!)  
En vuestros divinos odios  
El colmo de mis desdichas.  
¡Terrible objeto, que el pulso  
Al corazon desanima,  
Pues con lo que se estremece  
Estorba lo que palpita!  
Yo aborrecido de Vos?  
¿Oh dolor, donde fulmina  
Su más ardiente centella  
Aquel nublado de ira!  
Ya en lo demas resignado,  
Bien que juntamente pida  
El miedo cuartel al brazo,  
Rindo el cuello á la cuchilla.  
Sea cuanto Vos quisierais,  
Dios mio: solo os suplica  
Mi humildad que de el enojo  
La venganza se divida.  
Como no me aborrezcais,  
Más que la justicia insista

Contra mí; pues más el ceño  
Que el destrozó me lastima,  
Haced que os ame, y amadme,  
Que es lo que el alma suspira;  
Y en el resto sus derechos  
Cobre esa alteza ofendida;  
Pues si entre piedad y amor  
Se me permite que elija,  
Renunciare la clemencia,  
Como el cariño consiga.  
Mas no es ése vuestro genio,  
Pues queréis que el hombre viva,  
Cuando éste para su muerte  
Lazo y acero fabrica.  
Pronósticos más alegres  
Contibe mi astrologia  
Por el cielo de ese rostro,  
Aun cuando mustio se eclipsa.  
Aun con sus propios desmayos  
Mi esperanza vivifica;  
Pues en la falta de aliento  
Misericordia respira.  
Ese inclinar la cabeza  
Es darme la bienvenida;  
Pues juzgo que la ternura,  
Mas que el deliquio, la inclina.  
De esos ojos el ocaso  
Serenidades intima,  
Y en ardores que desmayan,  
Benéficas luces brillan.  
Blanca bandera enarbolá  
(De la paz hermosa insignia)  
El amor de los candores  
De esa tez descolorida.  
Ni lo sangriento lo estorba;  
Pues si á buena luz se mira,  
Con la sangre derramada  
Fué la cólera vertida.  
De esos rubies que brota  
Fértil, generosa mina,  
Finezas el fondo ostenta,  
Si el color enojos pinta.  
No hay para el perdon que espero  
Ni una señal que desdiga,  
Cuando aun las de los golpes  
Ablandado os significan.  
Cuántas leo en ese cuerpo  
(Oh lógica peregrina!)  
Consecuencias de la culpa,  
Son de la gracia premisas.  
Ya acá dentro estoy oyendo  
De mi perdon las noticias,  
Que, mensajero del cielo,  
Consuelo interior ministra.  
Y anuncio tan deseado  
Oh bondad incircunscripta!  
Sólo porque es vuestra ya,  
No doy el alma en albricias.  
Vuestra es por los dos derechos  
De ser hechura y conquista,  
Aunque sin yerros esclava,  
Y con libertad cautiva.  
Vuestra es ya, y á serlo siempre  
Con escritura se obliga,  
En que es un arpon la pluma,  
Purpúrea sangre la tinta,  
Las telas de el corazon  
Papel ó membrana fina,  
Donde hace el dolor los rasgos,  
Y el amor echa la firma

## DECIMAS A LA CONCIENCIA.

## EN METÁFORA DE RELOJ.

Conciencia, reloj viviente,  
Que en el espíritu humano  
Fabricó con sabia mano  
Artífice omnipotente;  
Pulsa, suena indeficiente,  
Pues que sirve, bien oída,  
Esa máquina regida  
En su más tranquila calma,  
De despertador de el alma,  
Y de muestra de la vida.  
Tu artificio es singular,  
Pues de el tiempo dilatado,  
Más que el presente, el pasado  
Aciertas á señalar.  
Para mí en particular  
Fué tu estructura precisa;  
Pues cuando, como va aprisa,  
En su curso no advertí,  
De las horas que perdí  
La repetición me avisa.

Cuando de el tiempo ligero  
Lo que ya viví repasas,  
Aunque veo que te atrasas,  
No hay reloj más verdadero.  
Ríñeme entonces, severo,  
Errores del albedrío;  
Mas fuera nuevo error mío,  
Sobre tanto desacierto,  
Achacarte el desconcierto,  
Cuando es mío el desvarío.  
Noche y día, sin parar  
Tu agitación misteriosa,  
Un momento no reposa  
Ni me deja reposar.  
¿Cómo no he de reparar  
Tu continua pulsación?  
¿Oh, cómo á la distracción  
Lugar alguno le queda,  
Si los dientes de tu rueda  
Me muerden el corazón!

Fuerza es que, siempre constante,  
Nunca el curso un reloj pierda,  
Donde es la reflexión cuerda,  
Y el pensamiento volante;  
Mas que tal vez se adelante  
Tu vuelo, quiero deberte,  
Pues será feliz mi suerte  
Si á mi atención prevenida,  
En el día de la vida  
Das la hora de la muerte.  
Tu aviso con igualdad  
Observaré diligente,  
Sabiendo que está pendiente  
De el tiempo la eternidad.  
Y pues con tal brevedad  
Vuela el día que me alienta,  
Bieu es advertias atenta  
Cuánto te importa, alma mía,  
Tener cuenta con el día  
Para el día de la cuenta.

F. B. G. F. M. (4).

(4) Iniciales del Autor FRAY BENITO GERÓNIMO FEIJOO MONTENEGRO.

FIN DE LAS OBRAS ESCOGIDAS DEL PADRE FEIJOO.

## INDICE.

	Pág.		Pág.
PRELIMINARES.			
§ I.—Merecen las obras de FEIJOO ser reimpresas? . . . . .	V	Verdadera y falsa urbanidad . . . . .	588
§ II.—Quien fué el PADRE FEIJOO? . . . . .	VII	Causas de el amor . . . . .	402
§ III.—Escritos del PADRE FEIJOO . . . . .	XX	Remedios de el amor . . . . .	416
§ IV.—Impugnadores y apologistas del PADRE FEIJOO . . . . .	XXVII	Abusos de las disputas verbales . . . . .	428
§ V.—Juicio crítico de los escritos de FEIJOO . . . . .	XXXIII	Desenredo de sofismas . . . . .	432
§ VI.—Clasificación de los escritos de FEIJOO.—Reglas seguidas en esta colección selecta de ellos . . . . .	XL	Dictado de las aulas . . . . .	438
DISCURSOS.			
PRÓLOGO AL LECTOR . . . . .	1	Argumentos de autoridad . . . . .	441
Voz del pueblo . . . . .	3	Fábulas gacetales . . . . .	445
La política más fina . . . . .	8	Exámen filosófico de un suceso peregrino de estos tiempos.—Combustion espontánea . . . . .	451
Desagravio de la profesion literaria . . . . .	18	Honra y provecho de la agricultura . . . . .	456
Astrología judiciaria y almanaques . . . . .	22	La ociosidad desterrada y la milicia socorrida . . . . .	467
Senectud del mundo . . . . .	50	CARTAS.	
Música de los templos . . . . .	57	Influjo de la imaginación materna respecto al feto . . . . .	472
Paralelo de las lenguas castellana y francesa . . . . .	45	Variaciones del iman . . . . .	477
Defensa de las mujeres . . . . .	50	Monstruo bicípite . . . . .	479
Guerras filosóficas . . . . .	58	Un fósforo raro . . . . .	486
Las modas . . . . .	66	Entierros prematuros . . . . .	487
Senectud moral del género humano . . . . .	70	Remedios para la memoria . . . . .	490
Sabiduría aparente . . . . .	77	Arte de memoria . . . . .	492
Antipatía de franceses y españoles . . . . .	81	Sobre el arte de Raimundo Lulio . . . . .	498
Esfera del fuego . . . . .	84	De la transportación mágica del obispo de Jaen . . . . .	499
Mapa intelectual y cotejo de naciones . . . . .	86	Sobre la causa de los templarios . . . . .	500
Simpatía y antipatía . . . . .	94	Sobre la continuación de milagros en algunos santuarios . . . . .	504
Duendes y espíritus familiares . . . . .	105	Introducción de voces nuevas . . . . .	507
Vara divinadora y zahoríes . . . . .	108	Origen de la fábula en la historia . . . . .	509
Milagros supuestos . . . . .	112	Sobre la multitud de milagros . . . . .	515
Piedra filosofal . . . . .	122	Del valor actual de las indulgencias plenarias . . . . .	515
Racionalidad de los brutos . . . . .	130	Campana y crucifijo de Lugo, con cuya ocasión se tocan algunos puntos de delicada física . . . . .	520
Amor de la patria y pasión nacional . . . . .	141	Exámen de milagros . . . . .	521
Valor de la naturaleza é influjo de la sangre . . . . .	149	Sobre Raimundo Lulio . . . . .	528
Españoles americanos . . . . .	155	Causas del atraso que se padece en España en orden á las ciencias naturales . . . . .	540
Reflexiones sobre la historia . . . . .	160	El judío errante . . . . .	546
Resurrección de las artes, y apología de los antiguos . . . . .	180	Si hay otros mundos . . . . .	549
Glorias de España (primera parte) . . . . .	194	Falibilidad de los adagios . . . . .	552
Id. (parte segunda) . . . . .	210	Causa de Savonarola . . . . .	555
Fisionomía . . . . .	230	Días aciagos . . . . .	557
Observaciones comunes . . . . .	241	Compasion con los irracionales . . . . .	560
Señales de muerte actual . . . . .	250	Descubrimiento de la circulación de la sangre . . . . .	562
Tradiciones populares . . . . .	253	Nueva potencia sensitiva . . . . .	565
Paradojas políticas y morales . . . . .	275	Sobre la invención de el arte que enseña á hablar los muertos . . . . .	570
Apología de algunos personajes famosos de la historia . . . . .	302	Contra el abuso de acelerar más que conviene los entierros . . . . .	574
Exámen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos.—El anfibio de Liérganes . . . . .	326	Ventajas del saber . . . . .	581
Impunidad de la mentira . . . . .	340	Que no ven los ojos, sino el alma, y se extiende esta máxima á las demas sensaciones . . . . .	591
Razon de el gusto . . . . .	344	Poblacion de España . . . . .	594
El no sé qué . . . . .	349	De la crítica . . . . .	598
Peregrinaciones de la naturaleza . . . . .	354	POESÍAS.	
Purgatorio de San Patricio . . . . .	366	Romance.—Desengaño y conversión de un pecador . . . . .	605
Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España . . . . .	379	Décimas.—La conciencia . . . . .	608
Toro de San Márcos . . . . .	381		
La cuaresma salúfiera . . . . .	384		

FIN DEL ÍNDICE.

